

DANIEL J. MAHONEY, *Aleksander Solzhenitsyn. The Ascent from Ideology*, Rowman & Littlefield, Lanham, Maryland, 2002.

Incluir a Solzhenitsyn como un pensador importante del siglo veinte es un acierto. La figura del ruso ofrece el gran interés de presentarse como un testigo de una de las tiranías más largas y desastrosas del siglo. Es importante comprender que este ruso, nacido en Kislovodsk el 11 de diciembre de 1918, no hace literatura de denuncia sobre el Estado soviético, sino que aporta reflexiones excepcionalmente valiosas como testigo que se ha hecho ciudadano y ha vivido en ese régimen.

La figura del ruso resulta incómoda por su libertad al atribuir al comunismo el fracaso de haberse convertido en una de las mayores tiranías de la historia. La existencia del Gulag, es decir, de una red inmensa de campos de concentración para ciudadanos repudiados, es una realidad que trastoca por sí sola toda la evolución del pensamiento político del siglo veinte. El propio Sholzhenitsyn pasó confinado ocho años (1945-53) en uno de estos campos de trabajo, una prisión para científicos y un campo especial para prisioneros políticos. Después pasaría dos años más exiliado en Kazakhstan, de 1953 a 1956.

En febrero de 1957 fue rehabilitado oficialmente después del discurso de Nikita Krushchev en el 20 Congreso del PC de la Unión Soviética y en 1962, con la aprobación de Krushchev, aparece la novela *Un día en la vida de Ivan Denisovich*, sobre los campos del Gulag.

Su obra *El Archipiélago Gulag* (el primer volumen se publicó en París el 28 de diciembre 1973) nos enseña que este sistema de coerción estatal y de campos de concentración comenzó en el mismo momento de la fundación del régimen Bolchevique; en las propias palabras de Solzhenitsyn, “con los disparos del crucero *Aurora*”. Para él, “el origen del sistema de dictadura de partido, de ilegali-

dad sistemática, mendacidad ideológica, terror de clase y *trabajo coercitivo* en la Unión Soviética” parten de 1917 y de su fundador, Vladimir Lenin (p. 1).

Uno de los puntos importantes en el libro que comentamos es que no se falsea a Solzhenitsyn y se le deja decir que los crímenes del comunismo no son debidos a contingencias históricas sino al comunismo en sí (p. 79). En realidad, para él, comunismo y nazismo son mercedores del mismo oprobio (p. 8).

El libro no intenta reivindicar a Sholzhenitsyn como un filósofo político; por el contrario, le presenta como un hombre de gran valentía cívica que ha sido testigo de una época muy peligrosa y se ha atrevido a juzgarla con honradez. Mahoney presenta al ruso como un anti-ideólogo, alguien que se atreve a quitar las máscaras de “los incansables centinelas vigilantes de la revolución” (p. 13).

El trabajo en sí, con lo ya dicho, poseería suficiente interés para nosotros, pero hay que añadir algo más. Sholzhenitsyn es un excelente escritor, inteligente y capaz de conmovernos muy hondamente como logra antes que él la mejor tradición literaria de Rusia.

Un punto especialmente bien expuesto es el de la desconfianza de Sholzhenitsyn hacia el predominio de la voluntad como factor clave de la acción política; otro, su rechazo de la exteriorización por definición de todo lo público, y su reconocimiento del mundo interno.

Sholzhenitsyn mantiene que hay algo peor que la pobreza o la miseria, y eso es la mentira; la gran mentira que en los totalitarismos se hace sistema de convivencia y se cuela por todos los huecos sociales. Una y otra vez Sholzhenitsyn rechaza “la mentira como forma de existencia” (p. 48). Lo que no es un imperativo moral, sino una conclusión profun-

da que percibe la injusticia sistemática como instrumento de enloquecimiento de la población.

A este respecto Sholzhenitsyn es optimista porque afortunadamente los años nos han mostrado “la imposibilidad de que la ideología transforme o conquiste la naturaleza humana” (p. 47).

La ventaja de escuchar lo que un testigo con coraje puede decir de un sistema tiránico es que nos recoge con detalles aspectos históricos que, de otro modo, morirían sepultados o tergiversados. El testigo no deja pasar la ocasión de integrar el color en el cuadro y de impregnar de sentimientos reales aquellos hechos que a él le afectaron. Así Mahoney revisa con cuidado el libro de Sholzhenitsyn *The Red Wheel*, obra de la que hasta la fecha, nos dice el autor, sólo han aparecido en inglés dos volúmenes (*August 1914* en 1989 y *November 1916*, publicada en 1999). Como un gran narrador épico, Sholzhenitsyn explica la decrepitud de Rusia y desentraña los prolegómenos de la Revolución de 1917 a través de la figura de Pyotr Stolypin, quien se planteó una salida del país hacia la democracia constitucional y las reformas sociales (p. 68). Las balas de su asesino, Dimitri Bogrov, fueron para Sholzhenitsyn los primeros disparos del fusilamiento de Yekaterinburg que se llevó por delante de forma brutal a la monarquía (p. 68). Stolypin fue asesinado con la connivencia de la policía rusa (p. 86), y los *terroristas socialistas*, que se llamaban a sí mismos “luchadores por la libertad”, no hicieron sino celebrar su muerte. Stolypin era un político de gran talla de quien Sholzhenitsyn resume que sus enemigos “nunca habían logrado asustarle, sólo lograron asesinarle” (p. 87). El Zar no asistió siquiera a sus funerales y sólo un puñado de diputados de la Duma estuvieron presentes.

El capítulo cuatro muestra la importancia que Sholzhenitsyn otorga al contenido moral de la acción ciudadana, en

general de la política. Ninguna ideología puede proveer a un Estado de arquitectura política si no aporta un contenido moral que se sostenga solo. Por ejemplo, la idea de límite de cada uno se hace imprescindible para cultivar las libertades políticas. Lo mismo que la idea de arrepentimiento, que en Sholzhenitsyn resulta a veces concomitante con la de duelo, es imprescindible para que el mundo cambie de verdad y las transformaciones políticas adquieran arraigo en la realidad cotidiana. Las manifestaciones ideológicas, las pancartas, el verbalismo revolucionario, la demagogia, desconectan a la población de enseñanzas propias de sus tradiciones, y con frecuencia les deja inermes ante el mal. La idea de asimilación de los errores cometidos y la disposición a aceptar el error en uno mismo, son puntos necesarios para que la democracia y sus instituciones funcionen. De ahí el interés de Sholzhenitsyn por revitalizar los gobiernos locales y las tradiciones cívicas como un intento de parar la corrupción escandalosa de una sociedad acostumbrada a vivir bajo *el sometimiento y la mentira* como necesidades básicas de supervivencia.

Las afirmaciones de Sholzhenitsyn, que no pretenden ser datos históricos sino hechos registrados por un testigo que los está sufriendo, son a veces sorprendentes para el lector. Por ejemplo la degradación de los funcionarios docentes, de los maestros y profesores locales, a “niveles de subsistencia» (p. 128); y el desprecio de los soviéticos por la educación de la población del país, a excepción de unas cuantas “instituciones selectas de las grandes ciudades” (p. 128). Desde luego da que pensar que Sholzhenitsyn afirme en 1979, en una entrevista para la BBC, que “Rusia debe renunciar a todas las locas fantasías de conquista y comenzar un periodo largo, largo, largo, largo y pacífico de *recuperación*” (p. 118).

Para un lector occidental resulta muy interesante su defensa de los funcionarios

del Estado y de la necesidad de contar con personas competentes y honradas que comprendan la responsabilidad cívica de su función pública.

El libro concluye con un detallado repaso del análisis y las propuestas que Solzhenitsyn ha venido haciendo sobre el presente de su país y sus posibilidades de recuperar el pulso democrático tras tantos años de tiranía. De un país que ha vivido —lo mismo que Bielorusia y Ucrania— durante dos generaciones en el pantano apestoso “de una sociedad basada en la fuerza y el fraude” y en donde casi todo el mundo aprendía a vivir de la mentira como cómplices de la tiranía bolchevique (pp. 115-116). Su visión de la moral como sustancia necesaria para recomponer la vida democrática de la sociedad, y su fundamentación teórica, no dejan de ser una aportación en una época como la nuestra de confusión y ataques a la democracia.

El pensamiento del maestro ruso, expuesto sin complejos a través de la lectura de su obra literaria, es un buen ejemplo de búsqueda de teoría política que

incline a pensar y trabajar sobre los grandes temas de hoy. Mahoney lo hace con soltura y respeto por el autor ruso y nos permite entrever gran parte del valor de su obra.

Tiene de su parte a un autor que, para expresarnos su visión de la vida política, no ha dudado en generar una obra literaria excepcional. En línea con la tradición rusa, Sholzhenitsyn sabe bien que “el innegable progreso de la ciencia y de la técnica en el mundo moderno no puede cambiar el hecho de que la dignidad y la libertad del hombre residan más en su capacidad para el desarrollo interior que en su habilidad para transformar el mundo externo” (p. 103). En definitiva, que “el progreso es una necesidad innegable... para la raza humana...pero es también una quimera” (ibidem).

Este libro está publicado en una serie sobre pensadores políticos del siglo XX; una colección de gran interés, de la que ya van publicados doce títulos, más el aquí reseñado.

JAIME MACABÍAS